

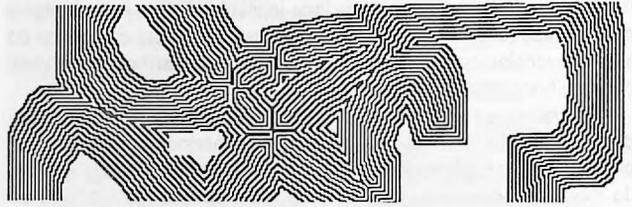
EL OTRO COMO ESTRATEGIA TEXTUAL

Jorge Ruiz Esparza

Presentación

Debido al interés que tiene para la discusión de los problemas estudiados en este número de *Cuicuilco*, y por la falta de espacio para reproducirlo aquí íntegramente, a continuación ofrezco una sinopsis del artículo de George E. Marcus y Dick Cushman, "Ethnographies as Texts".¹

"Etnografías como textos" es producto de una epistemología derivada de la lingüística y la literatura que ha afectado, en no poca medida, a las "ciencias humanas", especialmente a la antropología. Parte de la base de que, en tanto escritura, no hay texto inocente. La etnografía, como texto, transmite un conocimiento sobre los "otros", y para hacerlo, según se reconoce hoy en día, debe poner en juego una serie de convencionalismos relacionados con la retórica. El eje alrededor del cual gira este enfoque relativamente reciente, no es otro sino la autoconciencia del autor-narrador—uno de los productos del llamado modernismo literario (o, como sugieren algunos críticos de habla española, la vanguardia literaria), y aquél que ha constituido su más fuerte lazo de unión con los recientes posmodernismos.



El artículo de Marcus y Cushman empieza por plantear, como cuestión no resuelta, si los textos etnográficos pueden, simultáneamente, reflexionar sobre el proceso de entendimiento y proponer un entendimiento específico sobre algo concreto. A continuación, define sus límites, que son la experimentación en el contexto de los últimos 60 años de realismo etnográfico angloamericano; los textos como resultado del "trabajo de campo"; el anclaje de los mismos al punto de vista del antropólogo que lee y escribe teniendo en mente "la producción de conocimientos sobre otros modos de vida" (p. 28), y el corpus de trabajos que cuestionan los parámetros de clasificación con que los antropólogos enfocan textos etnográficos, textos que actualmente "dependen en gran medida de distintas retóricas para lograr sus efectos" (p. 28).

En cuanto a los tópicos del artículo, éstos son el realismo etnográfico y sus convenciones; la naturaleza de la experimentación en los textos actuales; las fuentes literarias que influyen sobre ellos; su relación con el trabajo de campo y la teoría, y otros ámbitos de experimentación.

El realismo etnográfico

Los textos etnográficos realistas aluden a un todo, a través de series de enfoques fragmentarios que evocan constantemente una forma más alta de organización social y cultural. En este contexto, la descripción etnográfica es un efecto que se alcanza en la escritura, y que depende de la elección y desarrollo estratégicos de los detalles que el narrador tiene a la mano. El realismo etnográfico surgió como consecuencia de la

¹ George E. Marcus y Dick Cushman: "Ethnographies as Texts", en *Annual Review of Anthropology*, Department of Anthropology, Rice University, Houston, Texas, 1982, pp. 25-69.

Al estar este número en el proceso de diagramación editorial, entró en circulación la traducción al español del artículo de Marcus y Cushman, en la edición mexicana del libro compilado por Carlos Reynoso: *El surgimiento de la Antropología Posmoderna*, Gedisa, 1991, 171-213. Al haber hecho mi propia traducción de algunos fragmentos del texto, he decidido conservar las referencias a la paginación de la edición original en inglés.

fusión de dos circunstancias históricas: que la antropología se haya establecido como una disciplina académica, y que el trabajo de campo profesional se haya instituido como el prerrequisito esencial para la redacción de dichos textos (p. 29).

Entre las convenciones del realismo etnográfico, Marcus y Cushman mencionan las siguientes:

El narrador escindido, que dota al texto de una omnisciencia afín a la objetividad científica a la que aspira, y que permite ocultar la relación entre lo que el autor sabe y cómo llegó a saberlo (p. 32).

Caracterización común de la gente. Al tratar de establecer cultura y sociedad como objetos legítimos de investigación, los primeros antropólogos hicieron una abstracción del individuo en sus escritos. En su lugar, apareció una creación compuesta: el "modelo de rol normativo", "o carácter nacional" (p. 32). Los autores hacen notar el retorno a la caracterización individual, que suele hacer su aparición cuando se escribe para el gran público y no para la comunidad profesional del área.

El desarrollo del trabajo de campo. Cada texto incluye alguna indicación directa de las condiciones y experiencias del trabajo de campo, un elemento que proporciona legitimidad a los argumentos y pruebas específicas que él mismo propone. Un efecto paradójico de esta convención es que el antropólogo tiene que admitir su falibilidad, para así hacer plausibles sus afirmaciones (p. 32).

El énfasis en situaciones cotidianas. El método casuístico proporcionó la solución más original, durante el periodo funcionalista, al problema de la legitimación de la producción de conocimiento dentro de modelos generales de comprobación científica, sin salir de un medio semiliterario (p. 34).

La presentación del punto de vista "nativo". Ha habido en los textos etnográficos una dedicación "casi dogmática" a mostrar el material como si éste representara el punto de vista de sus objetos de estudio, y no el de la cultura a la que va dirigido el texto. De hecho, los textos que cuestionan la posibilidad de representar de modo realista la subjetividad de otros, son los que experimentan en las fronteras del género realista (p. 35).

La extrapolación estilística de datos particulares. Apesar de que el trabajo de campo en el que se basara cualquier estudio era necesariamente restringido, el estilo tendía siempre a la generalización (p. 35).

Jerga de retoque. Además de establecer un texto como académico, el uso de lenguaje especializado ha servido como una afirmación de compe-

tencia antropológica y de refuerzo a las generalizaciones señaladas anteriormente (p.35).

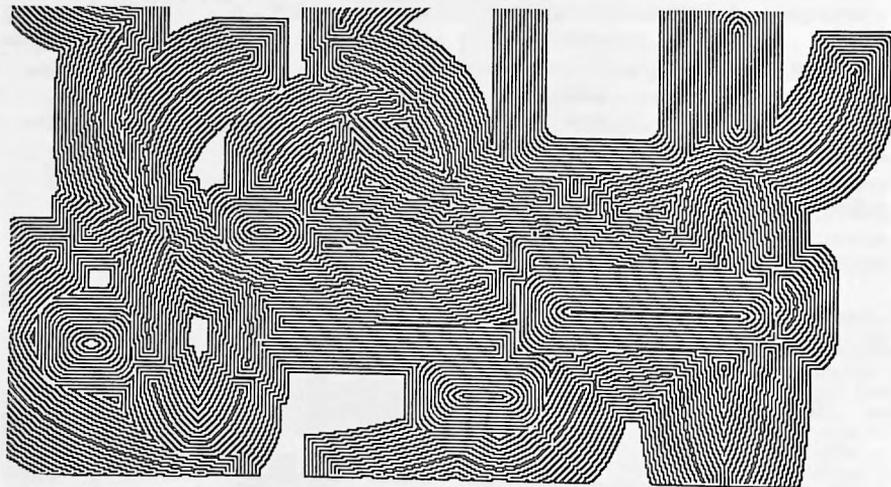
Los textos más recientes evitan el uso de lenguaje especializado y se concentran en la explicación de conceptos vernáculos, una estrategia que a menudo da a esos textos un tono aún más realista (p. 36).

Exégesis de conceptos y discurso nativos. El manejo eficiente de la lengua nativa es, por supuesto, de gran importancia en la investigación antropológica. Sin embargo, los textos etnográficos guardan silencio a este respecto. Aunque la mayoría de los etnógrafos trabajan en las lenguas de origen de quienes estudian, casi ninguno alcanza un manejo perfecto de ellas.

El impacto de modelos lingüísticos y de teorías semánticas, que se basan en la exégesis de conceptos nativos, provoca la ruptura del silencio que prevalecía en los textos sobre este tema (p. 36).

En años recientes, el ideal de control lingüístico se ha adecuado a un criterio más realista de autoridad etnográfica, limitado a las preocupaciones del texto y no al mito del investigador omnisciente que evocaba anteriormente.

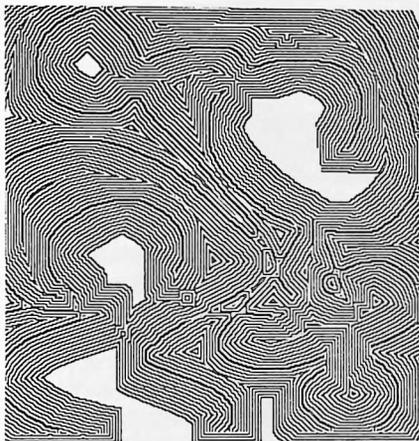
Considerando lo anterior, en el texto se afirma que la etnografía queda atrapada entre las categorías de arte y de ciencia social. Se ha convertido en un medio para hablar sobre teoría, filosofía y epistemología, sin abandonar su tarea tradicional de interpretar modos diversos de vida.



La naturaleza de la experimentación en los actuales textos etnográficos

Aquí hay que considerar tres cuestiones interrelacionadas: cómo se han modificado o superado las convenciones mencionadas para establecer nuevas formas de autoridad textual (desde la perspectiva del escritor); cómo se comunica al lector la autenticidad y plausibilidad de las interpretaciones contenidas en el texto, y cómo reciben distintos grupos de lectores la escritura etnográfica.

La autoridad de los textos etnográficos. De acuerdo con Gadamer, "el acto de interpretación, concebido como un proceso de traduc-



ción en un diálogo continuo entre el interpretado y el intérprete, dependen del examen explícito de las parcialidades y preconcepciones de éste", lo que constituye un avance dialéctico del análisis (p. 38).

Así, el modo actual de establecer autoridad en textos etnográficos consiste en introducir al narrador en el relato, y en presentar su autorreflexión (y autoconciencia).

Para evaluar adecuadamente el concepto de autoridad, los autores proponen tres tareas constructivas emprendidas en la etnografía contemporánea: el establecimiento de una presencia narrativa; la presentación de una organización textual, y la precodificación de la presentación del material.

El establecimiento de una presencia narrativa. "Los textos actuales están escritos y presentados de un modo, a tal grado autorreflexivo, que la intrusión de testimonios personales, bajo la guisa de legitimación hermenéutica, es la forma más persuasiva de proponer e impulsar argumentaciones interpretativas" (p. 39-40).

Una de las maneras en que tal autorreflexión es expuesta, ocurre cuando el narrador se inserta en un espacio histórico, en el que se reúne con todas aquellas personas, ajenas al grupo de que se trata, que han escrito sobre él. Así, el trabajo surge de un problema o incógnita a resolver, que se origina en el modo en que determinada cultura ha sido interpretada anteriormente, más que en algún problema que exista en el interior de esa cultura (p. 40).

La presentación de una organización textual. Existe una interrelación directa entre la autoridad del escritor de textos etnográficos y el tipo de historia que se pone a narrar. Así como la etnografía funcionalista utilizaba el concepto de estructura social, especialmente las relaciones de parentesco, como un marco de referencia para analizar, sistemáticamente, tópicos que ya habían sido clasificados previamente, la experimentación contemporánea destaca aspectos que se consideraban marginales en los textos realistas, o que eran simplemente ignorados por éstos (p. 40).

Entre los modos más efectivos para armar una organización textual, los autores mencionan:

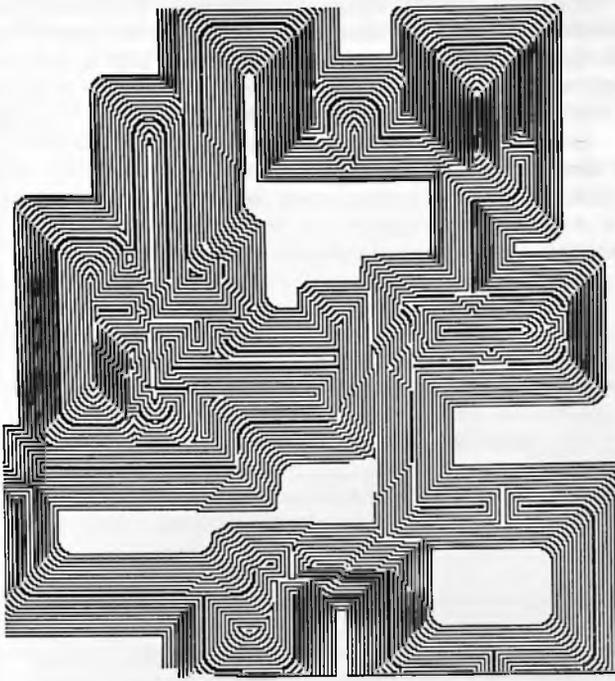
... la presentación detallada de un evento o práctica que encarne una incógnita dirigida al lector, seguida del recuento de una serie de asuntos relacionados con la cultura de que se trate, pero que se reflejen en la incógnita planteada, para finalizar con el evento o práctica, una vez que el problema haya sido solucionado para el lector, a través de la contextualización efectuada en los capítulos que hablan de la organización social y cultural del grupo (p. 4).

La precodificación de la presentación del material. La posición que el narrador adopta ante su objeto de estudio da cuerpo a la información que transmite en el texto. (p. 42). Se citan dos estilos principales para el logro de dicho posicionamiento:

1) o bien el material a ser interpretado se presenta sobre todo a través de la interacción entre el etnógrafo y miembros significativos de la otra cultura, como el célebre informante clave;

2) o bien el material se constituye en áreas aisladas y desplazadas de las situaciones de diálogo e interacción propias del contexto de trabajo de campo (p. 42).

Los textos contemporáneos apuntan a otra alternativa, que sería la "presentación literaria de la autoría dispersa" (Clifford). En este sentido, es necesario tomar en consideración "la compleja relación entre el etnógrafo escribiente y el nativo hablante, así como el control de la comunicación de significados en un texto destinado sobre todo a lectores occidentales" (p. 44). Tal relación origina un "problema de práctica escritural", el posible choque entre dos clases de retórica: aquélla que intenta cerrar limpiamente un relato con una explicación satisfactoria y comprensiva (es decir, lo que uno podría esperar de las ciencias sociales), y aquélla que plasma un mundo abierto, ambiguo y en flujo constante (algo que puede perturbar a los lectores,



pero tal es el objetivo parcial de algunos textos) (p. 45). El equilibrio aquí consistiría en "no sobredeterminar lo que debe reconocerse como indeterminado, sin remover la base de autoridad del texto, lo que desorientaría al lector" (p. 46).

Autenticidad y plausibilidad: un problema de retórica. Hay dos niveles en los que las afirmaciones y descripciones del etnógrafo deben ser comprendidas por los lectores: su lenguaje debe estar cargado de sentido (común) en el contexto de sus marcos de referencia culturales, y debe comunicar a estos mismos lectores significados que verosíblemente tengan también sentido (común) dentro de la sociedad descrita (p. 46), sin dejar de subrayar las diferencias radicales que existen entre ambas culturas. De hecho, los escritores de textos etnográficos contemporáneos "se esfuerzan por hacer de las diferencias culturales una meta esencial de su construcción textual" (p. 47).

Este esfuerzo, que podría llamarse "una preocupación epistemológica" de los textos etnográficos, puede ser visto como un cuestionamiento radical de los presupuestos y preconcepciones del etnógrafo. De esta manera, la autorreflexión epistemológica cancela el escepticismo con que una lectura basada en el sentido común recibiría descripciones de lo extraño. Pero lo esencial aquí es que tal representación textual de la diferencia es el resultado de la práctica escritural del etnógrafo. "En este sentido, la autorreflexión epistemológica debe considerarse la más contemporánea y sofisticada forma de una técnica retórica: la comparación contrastante" (p. 48).

La comparación contrastante ha pasado de cumplir un propósito didáctico dentro de la cultura en que se origina un texto antropológico, a servir como una técnica convencional para representar la diferencia, "especialmente la diferencia que corresponde a la subjetividad nativa" (p. 49). "En vez de usar la forma clásica de esta técnica, el 'nosotros-ante-ellos', la etnografía experimental ha pasado a la forma autorreflexiva "yo-ante-ellos", ... que invita a los lectores a simpatizar con la experiencia que el etnógrafo revela" (p. 50).

Diversas lecturas. Los textos etnográficos pueden escribirse teniendo en mente algún tipo de lector en particular, y cada grupo de lectores tendrá un sentido homogéneo, "aunque poco articulado", de lo que un texto etnográfico debería ser (p. 51).

Marcus y Cushman mencionan seis clases distintas de lectores:

El especialista, que se interesa sobre todo en detalles y puntos específicos de interpretación. Se trata de alguien que analizará con cuidado el tipo de trabajo de campo relatado, así como la conexión entre ese trabajo y las generalizaciones que se deriven del mismo (p. 51).

El lector conocedor de antropología, que prestará especial atención a la organización general de un texto y al modo en que la teoría se aplica a los hechos descritos. "Más y más, estos lectores se fijan en la forma narrativa, los recursos retóricos y el lenguaje utilizados en un texto" (p. 51).

Lectores que manejan otras ciencias sociales, y que consideran el trabajo de campo de un modo simplista, como un método como cualquier otro, y a la etnografía como descripción. Al marginalizar a la etnografía, formulándola como un vehículo para obtener información trivial, este tipo de lector se muestra como el menos apto para captar variaciones en la escritura etnográfica (p. 52).

Los estudiantes, el único entre los grupos aquí descritos que carece de un espacio formal para criticar los textos etnográficos dirigidos a él. Este sector a menudo muestra un respeto excesivo por las convenciones del realismo etnográfico (p. 52).

El lector orientado a la acción, que se interesa por recibir información que pueda ser convertida en políticas y procedimientos prácticos. Para bien o para mal, los antropólogos han sido siempre muy cuidadosos al escribir etnografía destinada a cubrir las necesidades de este grupo (p. 52).

El lector popular, que se acerca a la etnografía por el mensaje que pueda dar en un contexto cultural familiar, y que exige textos accesibles que contengan la cantidad mínima de lenguaje especializado necesaria para legitimar el relato. No es de sorprender que “Etnografías como textos” califique a este grupo como “el más inocente de todos” (p. 52).

Fuentes literarias

Tanto la crítica literaria como la escritura etnográfica comparten una serie de problemas que han llevado a los etnógrafos y sus lectores al discurso, más desarrollado y vario, del análisis textual dentro de la crítica literaria. Lo primero que hay que hacer notar, en este sentido, es el resurgimiento de la retórica, hoy considerada como una perspectiva crítica que se centra en la escritura, más que en el habla, y desde el punto de vista del lector, más que del escritor (p. 54).

Si la lógica de argumentación de un texto es susceptible de ser abstraída, así también su dimensión retórica puede serlo, con objeto de analizar el modo en que dicho texto persuade y comunica sus significados. Lo importante, en este sentido, es que, mientras la lógica considera a la retórica como un agente contaminador del sentido, “la retórica, como se la concibe hoy día, nunca pierde de vista su relación complementaria con el contenido lógico de una afirmación o interpretación, ni el modo en que la lógica está inserta en su expresión lingüística” (pp. 54-55). De tal manera, el

análisis retórico revela algo que la sola evaluación argumentativa no puede mostrar: el modo en que “el lenguaje y la construcción narrativa de un texto histórico o etnográfico precodifican, tanto su objeto de análisis”, como las bases mismas sobre las que dicho texto edifica sus explicaciones específicas (p. 56).

Estar al tanto de cuestiones de retórica permitirá al escritor de textos etnográficos enriquecer los procesos de pensamiento que se desarrollan en la producción de un texto, y al lector ampliar la sutileza con la que evalúa cotidianamente el conocimiento antropológico expresado etnográficamente (pp. 57-58).

Experimentación textual etnográfica, trabajo de campo y teoría

El trabajo de campo, como realidad objetiva, es una actividad hasta cierto punto caótica que se encuentra, en parte, más allá del control del etnógrafo. Por otro lado, el hecho mismo de que se vaya a meditar acerca de ella en el producto posterior del texto, se refleja de alguna manera en la actividad misma, y en el modo en que futuros trabajos de campo serán realizados por los lectores profesionales de estos textos (p. 58).

Hay que considerar, además, que la tradición antropológica no ha producido una teoría de investigación etnográfica. Sucede más bien que los etnógrafos han tomado elementos de diversos campos para fundamentar los lazos teóricos entre trabajo de campo y escritura etnográfica (p. 60).

Otros modos de experimentación

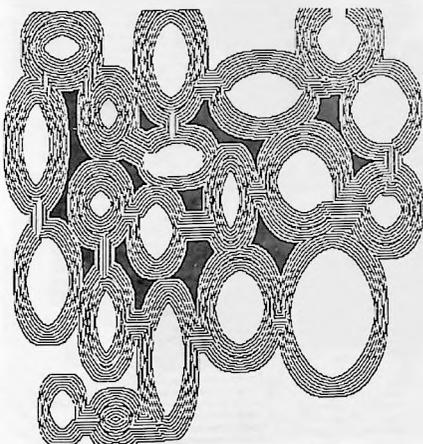
En contraste con los textos que los autores llaman “experimentales”, hay otros que parecen carecer de “un análisis de sus estrategias retóricas y narrativas en tanto que práctica escritural” (p. 62). Sin embargo, podría argüirse que tales textos son simplemente “menos autoconscientes”, y que “reconocen en menor medida su construcción retórica de lo que lo hacen las etnografías interpretativas, que no sólo aceptan, sino incluso llaman la atención sobre su andamiaje epistemológico y literario” (p. 62).

Es también verdad que la etnografía es, con frecuencia, sólo una parte de un marco teórico de referencia más amplio.

Dos tipos de textos en los que la etnografía de primera mano se incluye como parte de un todo, son los estudios comparativos casuísticos y los estudios de sociedades complejas (y de unidades más grandes que la aldea, comunidad o ciudad, que incluyan estas unidades menores). Este último tipo de estudio reúne a la historia social, la etnografía y la economía política alrededor de un argumento clave (p. 63).

Conclusión

Por un lado, los textos etnográficos deberán reconocer en el futuro que las sociedades mismas han perdido su calidad de entidades cerradas, y que ciertas unidades —como las tribus y las etnias—, en las que la etnografía realista basó su desarrollo, han cambiado o desaparecido.



Por lo tanto, "deberán estar basados en nociones muy diferentes sobre cómo definir y representar textualmente las distinciones culturales" (pp. 64-65). Por otra parte, los textos experimentales "rompen el consenso tácito sobre lo que los antropólogos hacen" (p. 65).

Más aún, los textos etnográficos sólo podrán ser adecuadamente evaluados cuando se haya desarrollado un sentido crítico por las formas, y no únicamente por el contenido manifiesto del discurso etnográfico (pp. 65-66).

"Etnografías como textos" presenta, pues, un análisis formalista de ciertas convenciones realistas, en gran medida inconscientes, que constituyeron la primera gran etapa de la "literatura" etnográfica y de cómo han sido abandonadas por una textualidad moderna.

Esta textualidad moderna se plasma como un esfuerzo de escritura. La expresión "práctica escritural" adquiere aquí un sentido "fuerte", pues alude a un modo de orientarse de los textos que hace énfasis, primero que nada, en la forma en que fueron concebidos y realizados, y en la labor desempeñada por la conciencia autoral para enfocarlos de una manera que reconozca que no hay inocencia posible en la escritura.

Autoría y autoridad se entremezclan en este contexto. Se puede decir que los textos realistas se preocupaban por ocultar la autoría y establecer la autoridad lo más posible. Actualmente, se pretende poner siempre "en veremos" la capacidad autoritaria de la voz en el texto, y llamar la atención del lector sobre el proceso de autoría, necesariamente involucrado en cualquier producción textual.

En tal proceso, la retórica —los modos instrumentales en que el texto se presenta ante el lector— domina el proceso de lectura, a tal grado que la presentación de la diferencia se vuelve un poderoso efecto sobre el lector, antes que la presentación didáctica de un "otro".

Por otra parte, el lector se subdivide en diferentes posibilidades de acceso al texto, definidas sobre todo en función de cierta competencia y ciertas expectativas. Se hace énfasis en que no hay unidad en cuanto a lo que debería ser un texto etnográfico, lo que dificulta la construcción de un corpus crítico en la disciplina.

Desde luego, parte del problema radica en que los textos etnográficos son, al mismo tiempo, texto y metatexto. El modelo literario parte de la base de un producto primario sobre el que se formula después una acrecencia crítica. Como en el caso de la historia, en la etnografía encontramos que sólo hay textualidad, y que toda textualidad es metatextualidad. Tal vez ahí se encuentre la dificultad más grande para establecer un espacio común desde el cual hacer la lectura etnográfica. No es de sorprender, en este sentido, que el análisis más for-

malista se efectúe sobre los textos llamados "realistas", que aplicaban de modo inconsciente una serie de convenciones; es decir, que podrían considerarse simplemente como textos, en el sentido en que una novela de Flaubert lo es.

En el fondo se encuentra lo que Marcus y Cushman llaman "una preocupación epistemológica": el hecho de que hoy pensemos que texto y conocimiento están imbricados inevitablemente, a tal grado que se constituyen uno a otro sin cesar, y sin que esto necesariamente implique ninguna certeza sobre el otro: ése que nunca deja de moverse ahí fuera.

Jorge Ruiz Esparza cursó los estudios de Doctorado en Literatura en la Universidad de Nottingham, Gran Bretaña.

